

gracias aun que años, cuando al instante, por ese golpe mágico que vuelve á abrir los corazones por buen paraje, se precipitó todo Paris para tener una dicha que ya no conocia, la dicha de venerar recibiendo esta bendicion que tantos siglos ha hace caer al hombre de rodillas. Y mientras que pasaba en lo exterior este espectáculo, mas arriba, en el interior mismo de las Tullerías, un hombre célebre que acaba de morir, tocaba al que estaba á su lado, diciéndole con la alegría de la admiracion: « ¡ En fin, Señor, ya vemos una autoridad! ¡ Hé aquí una autoridad! »

La fuente santa de la obediencia y de la veneracion abierta en el mundo por la sociedad católica, es, Señores, la confesion.

Todo hombre, cualquiera que sea, principe por el poder ó por el talento, si quiere tener parte en el misterio de Cristo, en la certidumbre y en el porvenir que hay en él, está obligado á confesar sus culpas de rodillas, á pedir perdon de ellas y á cumplir la penitencia: ejercicio de obediencia y de veneracion que le revela á sí mismo, le purifica, le humaniza, y le domestica sin humillarle. Porque él es libre en esta accion mas que en ninguna otra; no se tiene sobre él mas poder que el que él da de su buen grado; puede levantarse y marcharse si le parece demasiado dura la verdad que buscaba, si le parecen demasiado caros á este precio la paz y el honor de la couciencia. Pero él persiste voluntariamente, una vez que ha conocido el encanto de la humildad y de la sinceridad entre Dios y él; aprende con alegría, en una obediencia y una veneracion que ha escogido, á obedecer aun en aquello que no eligió, á venerar aun aquello que Dios le manda por un mandamiento que no admite ya eleccion. Este espíritu altivo consiste en el imperio; este corazon indómito, siempre dispuesto á rebelarse, acepta la unidad, el orden

y el poder bajo la única forma en que son posibles, bajo la forma de la autoridad. La confesion no cesa de obrar en este sentido desde un confin del mundo al otro, por una influencia cierta y perpetua, que, unida á la accion pública de la jerarquía, crea en el género humano, si me es permitido hablar así, una cantidad enorme de obediencia y de veneracion, pero de una obediencia y de una veneracion espontáneas, que son efecto de la conviccion, y que hacen al hombre social consolándole y elevándole.

Ahora bien, es imposible que el contragolpe de semejante creacion no se sienta en la sociedad puramente natural, y que no haya modificado en ella de una manera notable las relaciones reciprocas del súbdito con el soberano. Evidentemente, Señores, ha debido verificarse en esto una grande revolucion; esperais que os la señale, y no esperais en vano. El espíritu católico ha producido en el mundo, aun en cuanto á la autoridad humana, algo enteramente nuevo, enteramente desconocido á la antigüedad, el término medio entre el sistema occidental y el oriental: ha producido la monarquía cristiana. ¿Y qué era la monarquía cristiana?

La monarquía cristiana tenia en cada pais un jefe único, centro y medio de la unidad, del orden y del poder. Este jefe habia salido de las entrañas de la unidad con crecimientos naturales, como sale el roble de un gérmen que se desarrolla con el tiempo. Nada brusco y violento se sentia en su origen, cualquiera que hubiese sido el modo ó la ocasion; y sucediera lo que sucediese, no se disputaba el principio de la obediencia respecto á él. Se podia, se debia rehusar obedecer en ciertos casos, cuando el mandamiento era ilegítimo, es decir, contrario á la ley de Dios ó á la ley del pais. La ley de Dios y la ley del pais eran el doble límite de la soberanía; pero al hacer resisten-

cia para defenderlos, no se disputaba el derecho general de mandar ni el deber de obedecer. La veneracion se unia á la obediencia para hacer del jefe cristiano un padre y un magistrado. El respeto y el amor iban á buscarle naturalmente, y del corazon de su pueblo al suyo habia una reciproca efusion, que ni aun sospechaban las monarquías antiguas. El pueblo perdonaba faltas al principe, como el niño perdona debilidades á su padre; él compartía la levadura de la humanidad, que habia quedado en el principe lo mismo que en el último de los mortales. En fin, todos estos sentimientos se traducian en un sentimiento final, que era el primer fundamento de la monarquía cristiana, y que se llamaba la fidelidad. El soberano tenia fe en su pueblo, y el pueblo tenia fe en su soberano; creian el uno en el otro; se habian dado la mano, no para un día, sino ante Dios y para todos los siglos, en nombre de los muertos y de los vivos, en nombre de los antepasados y de la posteridad. El principe descendia tranquilo al sepulcro, dejando sus hijos encomendados á la guarda de su pueblo, y el pueblo, al verlos niños y sin fuerza, los custodiaba esperando ser tambien custodiado por ellos.

El honor era el segundo sentimiento en que descansaba la monarquía cristiana, sentimiento mas nuevo, mas desconocido aun á la antigüedad que el precedente. El honor era una mirada elevada del cristiano sobre sí, un pensamiento de su nobleza. Por el honor se acercaba el cristiano á su maestro; tenia mas que derechos respecto á él; hacia subsistir su personalidad ante la suya con una dedicadeza infinita, que era la cosa mas respetada del mundo en un tiempo en que lo eran tantas otras. El honor todo lo protegía y lo salvaba. El honor hacia, sobre todo en Francia, un papel casi soberano, que ha hecho

decir á Montesquieu, personaje poco sospechoso, si no me engaño, que la Francia era una monarquía gobernada por el honor.

¿Quereis algunos ejemplos que os hagan conocer la diferencia de la soberanía cristiana y de la soberanía antigua? No los elegiré en épocas favorables, sino en la época en que ya iba hácia su decadencia la monarquía cristiana.

Entreteniase Luis XIV con su corte en sus aposentos de Versalles, que ahora solo son bastante grandes para que los habite la pintura; llegóse á hablar del Schah de Persia y de no sé qué ejecucion que habia hecho de los grandes de su reino. El rey dijo: « ¡Esto es lo que se llama reinar!—Si, Señor, respondió el duque de Estrees, que habia sido embajador en Persia, pero yo he visto ahorcar á tres en toda mi vida. »

En tiempo de Luis XIV cayó un ministro en desgracia. Al día siguiente sale el rey de su cuarto, y viendo los salones desiertos, pregunta á su criado: « ¿Dónde está la corte?—Señor, responde el criado, está en Chanteloup. » Chanteloup era la casa de campo del ministro caído, á cuarenta leguas de Versalles. En aquel tiempo, Señores, se iba á visitar á cuarenta leguas de distancia á los ministros caídos: tiempos hay en que no se andan cuatro pasos para esto.

Permitidme otra anécdota.

El rey Luis XVI, de venerable y dolorosa memoria, hacia un viaje á Normandía. Acércase á él una aldeana y le pide permiso para besarle la mano. ¿Y porqué no la mejilla? responde el monarca.

Tal era, Señores, en la monarquía cristiana la familiaridad del grande y del pobre con el soberano. La obediencia y la veneracion se habian cambiado en una fidelidad templada por el honor. Se estaba lejos de las costumbres del Asia, y no menos de las

costumbres de la Grecia y de Roma. Todo era nuevo como la Iglesia y como Jesucristo, de donde procedian estas relaciones delicadas.

Añadiré que la libertad era tambien un elemento de la monarquía cristiana.

Todo el mundo sabe los trabajos de la Iglesia para mantener bajo este régimen los derechos de la conciencia. Ella encontró sin duda grandes obstáculos, porque el mal tiene siempre los medios de manifestarse en el libre albedrío del hombre y en el conjunto de las cosas humanas. Pero la monarquía cristiana, considerada en los diversos elementos que la constituian, no ha prestado menos auxilios al derecho evangélico y asegurado su reino en favor de los débiles durante largo tiempo. Cada país cristiano tenia tambien sus derechos, sus franquicias, sus asociaciones defendidas contra la arbitrariedad por una fuerza comun puesta al servicio del mas pobre y del mas pequeño, y que les daba, con mas regularidad en la vida, una suma mayor de dignidad. Ninguno se hallaba solo entonces; ninguno se hallaba solo y desanimado en presencia de la sociedad total ó de los que la representaban. En otros tiempos se ha podido decorar con el nombre de libertad el desarme moral de los débiles; el porvenir dirá mejor que el presente de qué parte ha habido mas justicia y verdadera libertad. Pero desde hoy, estoy en derecho de concluir que bajo la monarquía cristiana tenia la libertad su parte asegurada, y que para definir esta institucion es necesario decir, completando la frase de Montesquieu: La monarquía cristiana era una monarquía gobernada por la fidelidad, el honor y la libertad. Vosotros podeis, Señores, haber olvidado estas cosas; pero la historia no las ha olvidado, y las dirá un dia en alta voz.

¿Cómo se habia verificado esta transformacion?

¿Cómo el poder era divino y humano á un mismo tiempo? Porque este era su doble carácter: era obedecido y venerado como divino, y no obstante, en el fondo, era humano. Era superior é igual, padre y hermano á un tiempo mismo. ¿Por qué secretos resortes se le condujo á este punto de perfeccion tan distante del sistema oriental y del sistema occidental? Lo diré en pocas palabras.

El Evangelio habia establecido este principio, que el hombre es demasiado grande para obedecer al hombre, que el hombre es demasiado miserable para ser venerado del hombre por su propia sustancia y su propia virtud. Este principio destruia el sistema oriental. Pero, en desquite, el Evangelio habia dicho que es preciso obedecer á Dios en el hombre: *servientes sicut Domino et non hominibus* (1). Este principio destruia el sistema occidental. El principe no era ya solamente el mandatario del pueblo, era el mandatario de Jesucristo; no se obedecia ya solamente al hombre, sino al mismo Jesucristo, presente y vivo en el que habia elegido la sociedad. Digo en el que habia elegido la sociedad: porque el Evangelio no habia arrebatado á la sociedad su derecho natural de eleccion, y ni aun habia determinado si el gobierno habia de ser una monarquía, una aristocracia ó una democracia. Habia dejado la cuestion de forma y de eleccion al curso de la experiencia y de los sucesos; habia dicho á las naciones: « Poned á vuestra cabeza un cónsul, un presidente, un rey, á quien querais; pero tened entendido que en el momento en que hayais sentado vuestra magistratura suprema, entrará Dios en ella. El poder sale de tierra por una germinacion natural, como las flores brotan en un campo, no todas con la misma corona y el mismo

(1) Epistola á los Efesios, cap. 6, vers. 7.

color; la dificultad no está en el origen del poder, sino especialmente en su consagracion. Así pues, cuando salga el poder del seno de la nacion, por una florescencia natural, como crece una palmera del Líbano, yo, Jesucristo, yo descenderé bajo su sombra, yo me introduciré bajo su corteza, yo seré su sangre, su vida, su gloria, su fuerza, su duracion: vosotros lo habréis hecho, yo lo consagraré. Vosotros lo habréis hecho mortal, yo le quitaré el gérmen de la muerte; vosotros lo habréis hecho pequeño, yo lo haré grande; vosotros lo habréis hecho á vuestra imágen, yo lo haré á la mía: él será Dios y hombre como yo.»

Ya lo oís, Señores, el poder permanecerá siendo hombre; si tiene el beneficio de Cristo, tambien tendrá su carga. No estará, por alto que se halle, exento de contar con el Evangelio y la humanidad, con Jesucristo viviendo tanto en él como en otras partes. Si domina por la parte divina, es igual y hermano por la parte humana; con Jesucristo lleva la semejanza del pobre, y por esta faz de su majestad permanece ante Dios y ante el mundo sobre el plano de la humildad, del dolor, de la expiacion. He dicho en otra ocasion, en esta catedra, que éramos primos de los reyes; y se ha extrañado mucho esta expresion. Yo la retiro pues: no somos primos de los reyes, sino hermanos. Esto es bastante para nosotros. Era bastante para cambiar enteramente todas las relaciones de los súbditos con el soberano, y para fundar la monarquía cristiana con su triple elemento de fidelidad, de honor y de libertad. Entre el príncipe y el pueblo habia una ley auténtica, superior á los dos, aceptada por los dos, un mediador viviendo en el cielo y en la tierra, que era Jesucristo. Luis XIV, á pesar de todo su orgullo, cuando llegaban las fiestas de Pascua, se veia obligado á rendir un homenaje solemne á las costumbres que habia ultrajado, y á repudiar á Mada-

ma de Montespán. Era preciso que cumpliese un día ú otro con el Evangelio, aunque fuera á la hora de su muerte; y aunque esta barrera y esta responsabilidad se hubiesen debilitado, al menos, hasta en los peores tiempos, estaba preservado el príncipe de la extravagancia del Oriente. Ningun príncipe católico, aun el peor, aun en la época de la decadencia, ha dejado un nombre tal como los nombres del Oriente ó de Roma degenerada.

Esta triste gloria estaba reservada á la herejía; era necesario romper con la sociedad católica para que una tierra cristiana llevase reyes como Enrique VIII de Inglaterra, y como todos esos monstruos que han inaugurado en Europa el reinado de la potestad moscovita.

Señores, la monarquía cristiana no existe ya; se ha extinguido con Luis XIV, que ha sido su último representante; no un representante sin tachas, no un representante igual á Carlo Magno y á S. Luis, pues para esto le faltaba mucho; sino, en fin, el último representante que ha tenido la monarquía cristiana. Despues de él, el Evangelio y Jesucristo han dejado los tronos de Europa; y en su lugar ha subido á ellos el racionalismo mas ó menos disfrazado, y con el racionalismo, todos esos sucesos de que el mundo ha sido teatro, testigo y actor, por una reaccion que se puede llamar legítima.

¿Porqué ha perecido esta gran creacion? En primer lugar porque era hija de la verdad, pero no la verdad misma; hija de la justicia y la caridad, pero no la justicia y la caridad en sí. Ella era del mundo; estaba mezclada á un elemento humano, y era imposible que tarde ó temprano, por el curso de los sucesos, no se introdujera en ella algun gérmen de ruina y de aniquilamiento. Esto es lo que ha sucedido. Si Dios hubiera permitido que la monarquía cristiana, esta

añada de la sociedad católica, subsistiese siempre al lado de ella, hubierais creído, ó se hubiera creído tal vez con el tiempo, que la fuerza de la Iglesia estaba en un poder humano. Se hubiera dicho que Carlo Magno, S. Luis, tal otro gran príncipe, de siglo en siglo habia llevado á Cristo y le habia creado su destino. No era esto necesario. El tiempo ha recibido, pues, de Dios permiso para hacer aquí su obra como en otras partes. Pero ¿lo ha hecho todo el tiempo? ¿Es él solo culpable de las ruinas que vemos? ¿Me impedirá decir toda la verdad el respeto que debo á las cenizas de los muertos? Ya lo habeis oído, no me he aprovechado de las ideas de este tiempo para retroceder ante mi deber, no he sido bastante débil para lisonjear vuestras pasiones y vuestras preocupaciones, y sacrificarles mil cuatrocientos años de la historia de la patria, porque estos mil cuatrocientos años no se parecen á esos cincuenta años de que sois hijos.

No, á cada cosa su gloria, á cada tiempo su poder; yo no he maldecido lo pasado, no maldeciré lo presente. Sé por qué haceis lo que haceis; sé las razones que os apoyan y que dan á vuestra obra un carácter que estoy obligado á respetar. Debo hacer mas, debo decir en favor de nuestro tiempo lo que debe decirse; debo decirlo claramente, y en alta voz, con tanta independencia como he mostrado al tratar de lo pasado.

La monarquía cristiana estaba fundada en una alianza de que Jesucristo era el alma y el mediador, de que el Evangelio era el bautismo de corazón perpetuo. El día en que la soberanía debia abusar de la obediencia y veneración que se le habian comunicado por el Evangelio y Jesucristo, ese día la soberanía se destruía con sus propias manos, abria un abismo á sus piés y retornaba hacia el Oriente. Jesucristo lo ha visto, se ha levantado, ha cruzado sobre su pecho

los brazos crucificados por nosotros, ha descendido del trono, y esta monarquía cristiana no ha sido ya mas que un féretro abierto, cuya ceniza ha sido lanzada al viento. Jesucristo era la fuerza; no se ha respetado la libertad de Cristo y del Evangelio. Las pasiones conjuradas se lanzaban sobre la cristiandad, la cristiandad se ha retirado; ha juntado sus brazos y se ha marchado. Ella ha dicho á la sociedad humana: «Yo, yo tengo mis destinos eternos; tú permaneces con el tiempo, y llega á ser lo que puedas.»

Y de este divorcio, de esta separación ha salido el tiempo moderno; ha salido como una protesta del pueblo en favor del Evangelio; ha salido porque el pueblo no ha querido el Oriente; ha salido porque retirándose la fraternidad, no habia ya paternidad, porque el honor y la libertad no estaban ya salvos.

Ahora ¿qué sucederá? ¿Se reformará la monarquía cristiana? El derecho evangélico volverá á recobrar bajo otra forma su imperio en el mundo? Lo ignoro. Lo que sé es que no desespero de la Providencia; habiendo encontrado á Dios en lo que me ha precedido, espero encontrarle en lo que me siga; y para servirme de una expresión de un gran poeta alemán: Yo soy ciudadano de los tiempos futuros.